

PEQUEÑA HISTORIA

ELLA pensaba.
Recostada su cabeza
soñaba siempre.
Su sonrisa dulce
era como un río nuevo
que le naciera del pecho
cada mañana.
Sentada en su vieja silla
veía rodar las cosas.
Hilaba.
A veces cantaba una canción.
Besaba las manos del esposo.
Cuando el cuco del reloj
dejaba seis veces su garita
ella despertaba con un beso
los sueños del amado.

Las espinas
merodeaban su corazón.
Nunca tuvo un hijo.
Las agujas
otras veces la cercaban.



*Un día
incluso se sorprendió
llorando.
Pero ella hilaba.
Pero ella seguía sonriendo.
A veces cantaba una canción.*

*Era la esposa.
Una palabra bonita:
«La esposa».
Él nunca le dijo nada.
Era el esposo,
el hombre que deja
en la tierra sus «reaños».
Sus manos,
sus recias manos cansadas,
eran ásperas,
duras como estopa.*

*Cuando despertaba el sol,
sus brazos ganaban pan
Sudaba.
Cuando el sol se iba
con aquel pañuelo secaba su frente.
Sus ojos negros, brillantes,
firmes como un ascua
comenzaban a temblar.*

Algo se quebraba dentro.

*Pero nunca dijo nada.
Nunca le dijo
que cuesta sangre luchar,
que el hombre es un río que se cansa,
que el aire a veces se duerme,
se queda en la garganta
y hace daño como el fuego.*



*Nunca le dijo
que de niño quiso ser
—¿qué importa?...—
guerrero o capitán de un barco,
que trabajaba por ella,
que se cansaba por ella,
que la quería como a un sueño,
como a esa vida que le clavaba
su carne dentro.
Nunca dijo nada
por miedo
a hacerla llorar.*

*Y cada mañana,
cuando despertaba el alba,
él la veía
hilando,
soñando,
a veces cantando una canción.*

